

EN EL REINA VICTORIA SE ESTRENO "LA GUERRA EMPIEZA EN CUBA", DE VICTOR RUIZ IRIARTE

X Anoché se estrenó en el Reina Victoria la farsa de Victor Ruiz Iriarte "La guerra empieza en Cuba". Las risas y las palmas del público jalonaron el curso de la representación. Se apiadieron un mutis de Miguel Angel, otro de Gracita Morales y de Lolita Gómez —que estuvieron graciosísimas en sus papeles de mellizas—, y una frase de intención humorística, y al final de los actos el telón se alzó muchas veces entre resonantes ovaciones, y el autor salió a saludar en unión de los intérpretes.

A los nombres citados hay que añadir el de Tina Gascó, la primera actriz, que en su doble papel mantuvo en todo instante el mejor dominio escénico, sin regatear arte ni esfuerzo. José Bódalo, admirable de naturalidad, como Julio Sanjuán, y Luisa Rodrigo, María Luisa Ponte, Ana de Leyva, Julia María Butrón, Enrique Avila y Carlos Mendy, que colaboraron eficazmente en el éxito, lo mismo que el director escénico Fernando Granada, y el decorador y figurinista Burgos, que acertaron plenamente.

Desde que se levanta el telón y en un delicioso ambiente fin de siglo (en el que sólo desentonan algunos rostros rasurados que estarían mejor adornados con el do-



Tina Gascó, Luisa Rodrigo, Gracita Morales, Lolita Gómez y José Bódalo, principales figuras de "La guerra empieza en Cuba", estrenada en el Reina Victoria.

ble trazo de los bigotes) se inicia la acción de esta farsa, apoyada en una intención parodística y en un juego de equívocos que inevitablemente recuerdan algunas invenciones de Jardiel Ponce. El espectador de "La guerra empieza en Cuba" tiene motivos abundantes para reír y para sonreír.

Ruiz Iriarte, al idear el asunto de su farsa, ha podido seguir muchos caminos, uno de ellos, por ejemplo, el que Ana Bonacci emprendió con "La hora de la fantasía", poniendo en choque y contraste las vidas de dos mujeres—una austera y otra frívola—que se definen por los ambientes en que se desenvuelven. Pero el autor de esta historieta escénica ha preferido limitar su ambición a un pasatiempo intrascendente, aunque—justo es reconocerlo—francamente divertido.

La esposa del señor gobernador—dama de severo continente y de espíritu adusto—tiene una hermana gemela que, a pesar del parecido físico, nada tiene que ver ni en su alegría ni en sus costumbres frívolas con su melliza. Y aquí nace el enredo que, a lo largo de dos actos, divididos en tres cuadros, trae en jaque a los personajes principales y accesorios de provinciano y burlesco perfil, con cuyos chismes, sustos y asombros se solaza el público, sin que su hilaridad deje plaza al frío y razonado análisis.

Lo mejor de esta pieza humorística de Ruiz Iriarte—con un diálogo saltarín, juguetón, retozón e irónico—es el buen pulso teatral con el que mantiene en vilo la acción, sin que el interés y la gracia decaigan en ningún instante. Ni siquiera en aquellos momentos—leves, por fortuna—en los que se humanizan los personajes para hallar un ratito de amor o para ponerse ligeramente sentimentales.

Habilidad, experiencia, tino, malicia... De todo esto hay en "La guerra empieza en Cuba", farsa alegre y trepidante, con buenos rasgos caricaturales, con situaciones y tipos episódicos que valen tanto como los protagonistas y las escenas principales, obra en suma con la que Ruiz Iriarte se apunta un tanto considerable dentro del teatro cómico y que por ello ha logrado excelente y merecidísima acogida.—Alfredo MARQUERIE.